

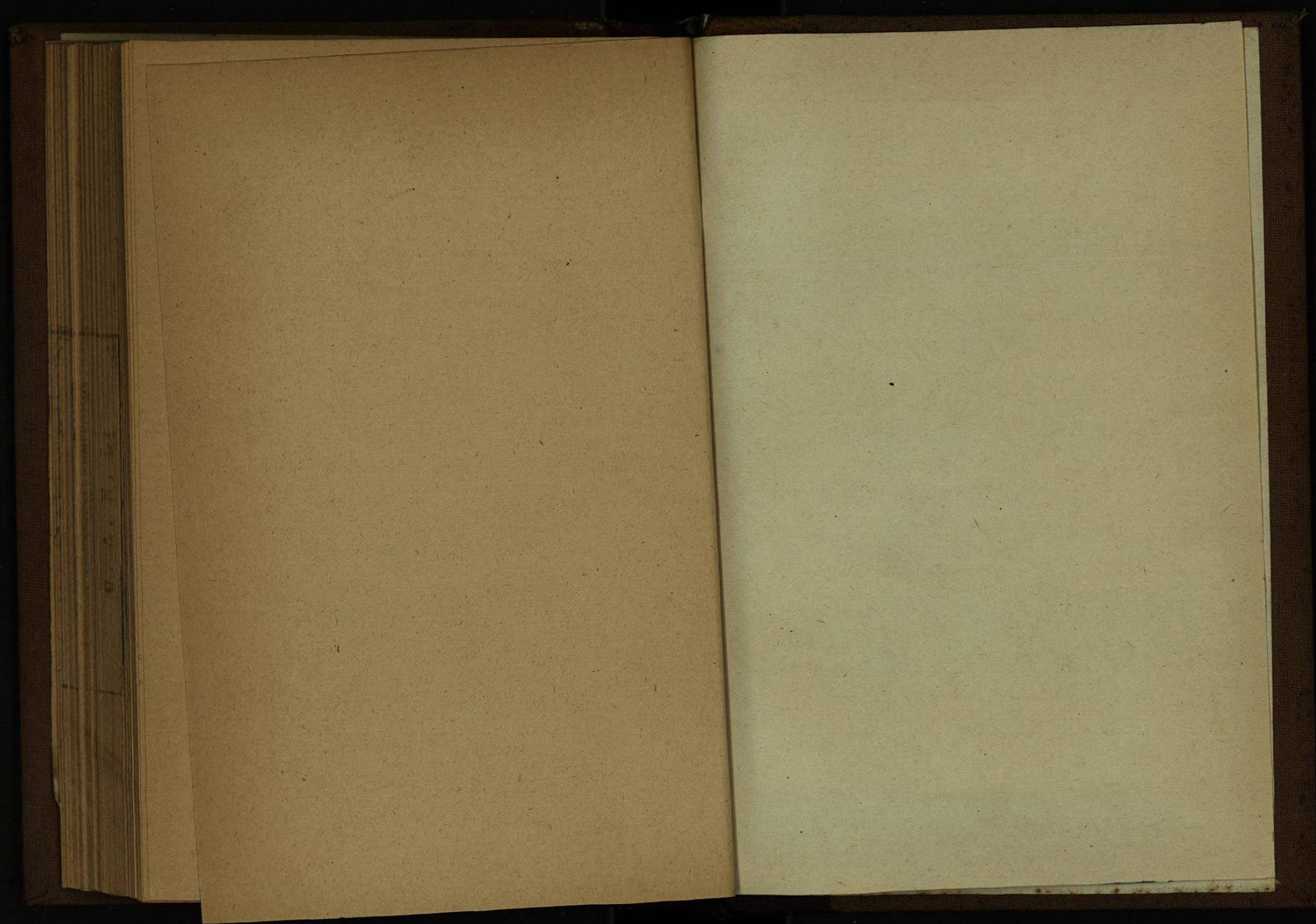
torno de la palabra empeñada, acababa de *aliarse* con una enemiga del orden social a la que él y los suyos odiaban ardientemente. Frente a frente a esos bárbaros, es deber absoluto considerarse como en estado de guerra. Francisco no era culpable de haber cumplido la palabra dada, sino de haberla dado, de haber pactado, aun cuando fuese por un minuto y por el motivo más tierno, el amor filial, con un soldado de la anarquía. El desconocimiento que la criminal hacía de su persona, en aquel momento, rompía para siempre el pacto; por ello sintió que le invadía la alegría al sentirse despreciado y odiado por ella.

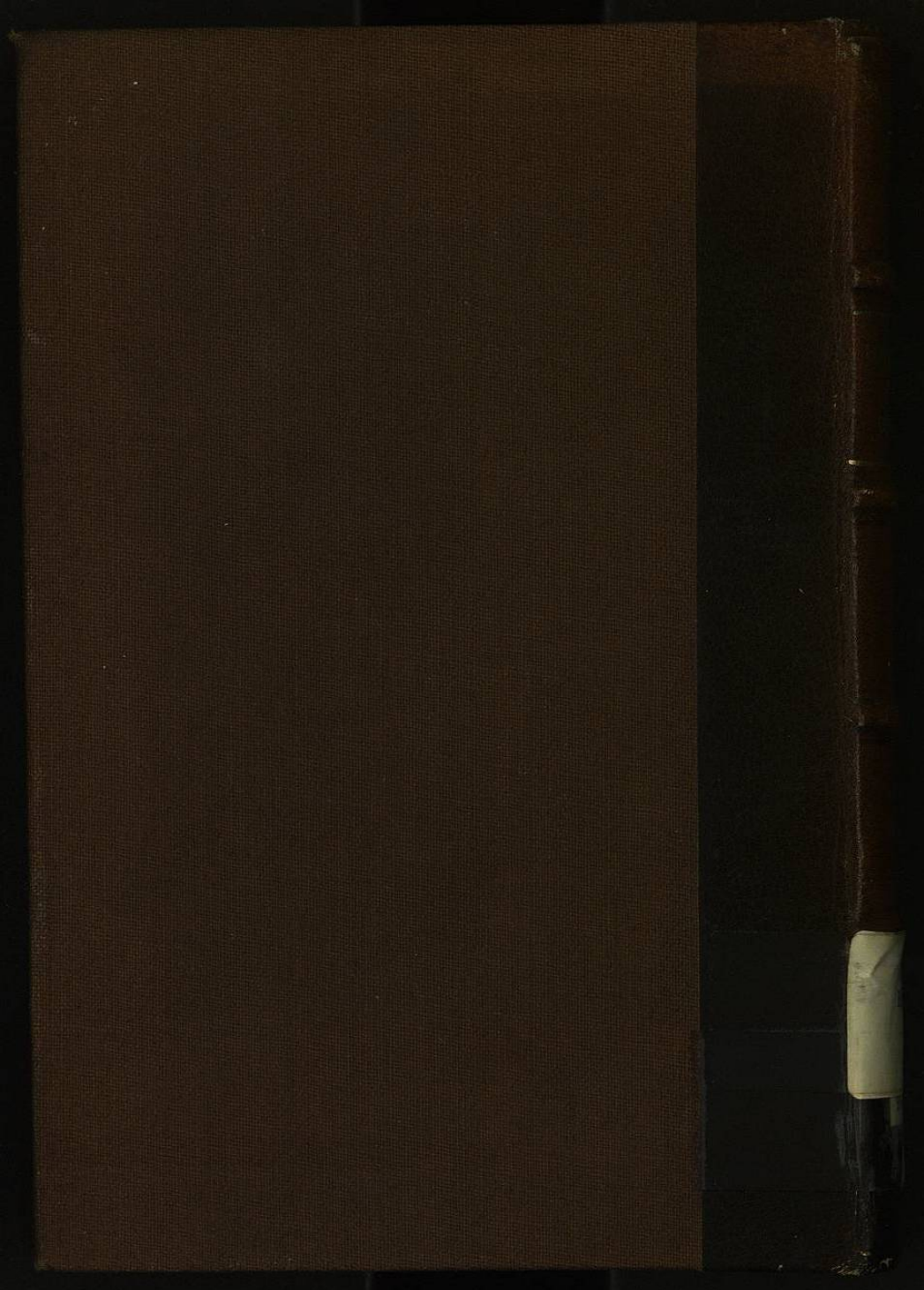
1906

Í N D I C E

Páginas.

Brutus.....	5
La vida es la juventud.....	23
Complicidad.....	47
La amenaza.....	63
La prueba.....	79
El rapto.....	103
El hijo.....	119
La cómplice.....	135
El timo.....	155
El abanico de encaje.....	177
El perito.....	193
La palabra dada.....	217





sentir o no sentir. Las ruedas del vehículo que llevaba a Guillermo y a la señora de Montclerc no habían aún doblado la esquina, cuando él sabía ya que ella no iba adonde iba más que por otro. Todo el enigma de aquel carácter de mujer se presentó de nuevo ante su espíritu de manera tanto más imperiosa cuanto que estaba allí, tan cercana y tan distante, tan confiada y tan impenetrable. Desde el momento en que el coche se puso en marcha, ni ella abrió la boca, ni él, por su parte, dijo una palabra. Había algo de fantástico en aquella carrera silenciosa a través de las calles de la ciudad alborotada, que hacía bulliciosa la alegría de una loca noche de fiesta. Todo un pueblo transitaba por las aceras risueño, divirtiéndose al paso con innumerables máscaras y bromas. Mientras reflexionaba en lo extraño de su propia situación, Duclós, aprovechando los primeros instantes, sujetó al rostro el antifaz y bajó su capuchón. Una vez que de este modo quedó desconocido, preguntó a su compañera, en el momento que llegaban al teatro, con una ironía indulgente y burlona:

— ¿Estoy bien así para el papel que quiere usted que represente esta noche?...

— ¿Qué papel? — preguntó ella a su vez con voz baja, casi ahogada —. No lo comprendo...

— En cambio, yo creo que la comprendo demasiado — continuó él —. Confíese que va usted a buscar en el Veglione alguien de quien usted está celosa, y se ha dicho: Duclós es el comparsa que necesito para esta comedia. Disfrazado y enmascarado, todavía hará una figura presentable. El no sabrá nada, y por otra parte, aunque lo supiera, me lo perdonaría porque me ama tanto...

— ¡Pero usted no creerá eso!... — respondió la señora de Montclerc vivamente, estrechando la mano de su acompañante con una fuerza que denotaba su

nerviosidad—. ¡Dígame que no lo cree!... Sé que usted me ama — añadió con un acento desconocido para él —; no tanto como usted se imagina; pero sí lo bastante para confiar en usted esta noche... — Y luego, suplicando y uniendo sus manos en un gesto apasionado: — Yo le juro, amigo mío, que jamás he tenido la horrible idea que me atribuye. No; nunca he pensado servirme de usted para dar celos a nadie. Demasiado sé lo que se sufre... Pero he tenido necesidad, *necesidad* de estar aquí esta noche—. Y subrayó aquella palabra con una fuerza que no permitía dudar de su sinceridad. — Podía haber venido sola. No me he atrevido. Por eso le he traído, no como un comparsa, sino como un protector... Si me he engañado, si usted no es amigo mío para prestarme un *inmenso servicio* — y volvió a recalcar estas dos palabras — sin pedirme explicaciones, sin sospechar una odiosa maniobra, entonces... — pareció dudar un segundo, y resuelta continuó: — entonces, déjeme. Ahora que me ha costado tanto llegar hasta aquí, tendré la fuerza necesaria para llegar hasta donde yo quiero...

— Perdóneme — dijo sencillamente Duclós, después de un silencio. Había conocido que Luisa no le mentía, y en su voz y en su mirada se reflejaba la emoción. Su curiosidad se agudizaba. ¿Qué motivo sino un punzante interés de amor podía turbar a aquella mujer después de decidirla a una empresa tan audaz y tan extraña en su rango y en sus costumbres? Al mismo tiempo, porque no hay que atribuir a aquel viejo parisiense una inocencia que no tenía, aquella semiconfidencia y aquella complicidad habían despertado en él otra idea: los triunfos por despecho no son, ciertamente, los más lisonjeros, pero son los más frecuentes. Confesemos, pues, que un secreto cálculo se mezcló a la ternura con que el